

RESEÑAS

Reconfigurando un nuevo orden mundial

«Reseña» a Kissinger, H. (2016). *Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Madrid: Debate, 431 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

Henry Kissinger, o más bien Heinz Alfred Kissinger, según consta en su partida de nacimiento, vio la luz en Fürth, Alemania, el 27 de mayo de 1923. Judío de origen alemán y exiliado a los Estados Unidos junto a su familia en 1938, huyendo de la persecución nazi, es bien conocido por su influyente papel como Asesor Nacional de Seguridad y luego Secretario de Estado con los presidentes norteamericanos Richard Nixon y Gerald Ford, en la época más candente de la Guerra Fría, amén de haber asesorado a muchos otros presidentes estadounidenses sobre cuestiones de política internacional.

Pese a su controvertida política al frente del Imperio realmente existente, lo que ha significado Kissinger para la diplomacia mundial es ciertamente abrumador: Vietnam, Camboya, la operación encubierta para derrocar al presidente chileno Salvador Allende, la negociación del Sahara occidental español, la distensión con la Unión Soviética, la apertura de la China comunista o el acuerdo de paz entre Egipto e Israel son algunos de sus numerosos logros. En 1973, por todos sus éxitos diplomáticos, recibió el Premio Nobel de la Paz. Kissinger, no obstante, además de ser un hábil político y negociador, es también un destacado teórico, siendo autor de numerosos libros sobre política internacional, entre los que destaca todo un clásico, *La diplomacia* (1994). En el año 2016 se publicó en español *Orden mundial*, cuya edición original data de 2014, el libro que aquí vamos a reseñar.

Esta obra, considerada por muchos el testamento político de un Kissinger ya anciano, culmina una suerte de trilogía del autor sobre la historia de las relaciones internacionales, formada por la citada *La diplomacia* y su tesis doctoral, publicada en

1957 bajo el título *Un mundo restaurado: Metternich, Castlereagh y los problemas de la paz 1812-1822*, en la que explica la compleja cadena de cónclaves, que comenzó antes del final de las guerras napoleónicas en 1814 con el Congreso de Viena y se extendió hasta la década de 1820, como un sistema de espera para dar a Europa la paz y un nuevo orden después de las luchas violentas del cuarto de siglo anterior. A través de las biografías de dos diplomáticos, el vizconde Castlereagh, secretario de Relaciones Exteriores británico, y el príncipe von Metternich, canciller de Austria, Kissinger explica cómo la turbulenta relación entre estos dos hombres, las diferentes preocupaciones de sus respectivos países, y la naturaleza cambiante de la diplomacia influyó en la forma final del nuevo orden europeo tras la caída del Antiguo Régimen, orden que duraría hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

¿Cómo se plasman estas ideas sostenidas por Kissinger durante toda su trayectoria vital en *Orden mundial*? Pues apelando a la Historia de Europa, más concretamente de la Europa nacida de la Paz de Westfalia (1648), que frente a tantas tergiversaciones que convirtieron a este pacto en el predominio de Francia, para Kissinger fue el momento que asentó los principios del equilibrio europeo, idea reforzada con la restauración absolutista promovida por Maetternich en el contexto del Congreso de Viena (1815), para restaurar las fronteras descompuestas por el Imperio napoleónico. Así, para Kissinger, Westfalia reunía las características prototípicas de un orden mundial, ya que «para ser digno de tal nombre debe alcanzar, tarde o temprano, un equilibrio, pues de lo contrario se encontrará en constante estado de conflicto armado. Dado que en el mundo medieval había docenas de principados, frecuentemente se daba un equilibrio de poder práctico. Después de la Paz de Westfalia el equilibrio de poder hizo su aparición como sistema; es decir, su realización era aceptada como uno de los objetivos claves de la política exterior; perturbarlo suscitaría una coalición a favor del equilibrio» (43).

No obstante, Kissinger se cuida mucho de aclarar, desde el comienzo de su obra que «Jamás ha existido un verdadero orden mundial. Lo que entendemos por orden en nuestra época fue concebido en Europa Occidental hace casi cuatro siglos, en una conferencia de paz que tuvo lugar en la región alemana de Westfalia, realizada sin la participación y ni siquiera el conocimiento de la mayoría de los otros continentes y civilizaciones» (14). Así, «La Paz de Westfalia reflejó una adaptación práctica a la realidad, no una visión moral única». Es decir, que la Idea de Orden Mundial es en realidad una suerte de «ideal regulativo» al que tenderían las relaciones internacionales desde sus comienzos. Como es imposible abarcar la totalidad del globo, mundializarlo, puesto que siempre habrá otras potencias que se opongan y ejerzan de contrapeso. De hecho, en la actual globalización no existe un único proyecto, sino varios contrapuestos entre sí (China, EEUU, el Islam) (Bueno, G., 2002, 2).

Sin embargo, esta es una interpretación un tanto «generosa» de las tesis de Kissinger, puesto que para él esta idea de Westfalia como modelo nomotético, capaz de implantarse en otros contextos geográficos e históricos, en lugar de considerarlo una mera adaptación práctica, idiográfica, en virtud de no ser «una visión moral única», convierte la idea kissingeriana en una suerte de relativismo. La ilícita generalización de

las ideas de la Paz de Westfalia, circunscritas a Europa, como marco único para comprender el orden mundial de todas las épocas, queda de manifiesto ya desde el comienzo de su obra. De hecho, su definición de orden mundial como «una concepción acuñada por una región o civilización sobre la naturaleza de los acuerdos justos y la distribución del poder, concepción que considera aplicable al mundo entero», frente al orden internacional como «aplicación práctica de estas ideas a una parte sustancial del planeta, lo suficientemente grande como para influir en el equilibrio de poder global» (20), recae en el citado relativismo, donde parece que cada civilización es «perfecta en sí misma», por usar la famosa sentencia aristotélica.

Así parece manifestarlo cuando afirma más adelante que «Occidente, que valoraba con creces el dominio de la realidad empírica, exploró los confines del mundo y fomentó la ciencia y la tecnología. Las otras civilizaciones tradicionales, que se consideraban a sí mismas centro del orden mundial por derecho propio, no tuvieron el mismo empuje y quedaron atrás tecnológicamente» (363-4). Lo que para Kissinger es simplemente una característica más (explorar los confines del mundo y fomentar la ciencia y la tecnología) es en realidad una diferencia básica a la hora de hablar de cualquier orden mundial: una «civilización» que se considera el centro del mundo no puede estar en pie de igualdad con quien lo ha globalizado y plantea su totalización. De hecho, la idea de orden mundial no puede ligarse a imperios circunscritos a un ámbito de la mera soberanía de un estado, lo que Gustavo Bueno denominó como imperio diamérico mínimo, puesto que en el caso de los imperios diaméricos universales, cuyo «orden mundial» será muy diferente (Bueno, G., 1999, 189-95). Ha de ligarse necesariamente a Imperios universales, que han intentado «mundializar» el globo.

De aquí surgió Inglaterra como árbitro del equilibrio de poder general, y Francia como árbitro del equilibrio de poder centroeuropeo, frente a Prusia principalmente. Sin embargo, ese principio de equilibrio europeo es una idea de orden mundial muy circunscrita, principalmente a la característica de Europa como una biocenosis donde ningún estado ha sido capaz de imponer un orden duradero. De hecho, el propio Kissinger reconoce la peculiaridad del orden europeo (23-31) donde nadie fue capaz de imponer una paz duradera, al contrario de lo que sucedía en Asia o en el mundo islámico. De hecho, la larga paz europea tras la Segunda Guerra Mundial ha sido fruto del poderío de Estados Unidos impuesto en el continente, con el interregno del fin de la Guerra Fría y la disolución de la URSS, que provocó varias guerras en el antiguo bloque socialista. Así, «Estados Unidos, a la vez de la historia y la geopolítica, tiene todas las razones para fomentar la Unión Europea e impedir que derive hacia un vacío geopolítico; si se separara de Europa en cuestiones políticas, económicas y de defensa, se transformaría geopolíticamente en una isla extraterritorial de Eurasia, y Europa misma podría convertirse en un apéndice de Asia y Oriente Próximo» (103).

En los años posteriores al fin de la Guerra Fría, con las certidumbres de la amenaza física y la ideología hostil finiquitadas, las viejas convicciones se han derribado. Del paradigma dual de los dos polos EEUU-URSS hemos pasado, por usar de la formulación de Huntington, al paradigma de las civilizaciones, que exige la

conceptualización de un mundo multipolar, sin una potencia hegemónica. Siguiendo el modelo de equilibrio europeo de Westfalia, Kissinger apunta que ni China ni Estados Unidos ni ningún otro país tiene la capacidad de asumir a solas la responsabilidad de dirigir el mundo. En el establecimiento de un nuevo orden mundial, Estados Unidos y China tienen que buscar coordinación en lugar de confrontación.

Kissinger, paradigma del diplomático contemporáneo, no escatima sabiduría en lo referente a fenómenos muy recientes, como la denominada «Primavera Árabe». Partiendo de una primera etapa de esperanza, pronto se descubrió que la presunta revolución modernizadora iba a tornar en lo habitual dentro del mundo musulmán: «Por un momento fugaz, la Primavera Árabe que comenzó a fines de 2010 suscitó esperanzas de que las fuerzas rivales de la autocracia y la yihad, que competían por la región, se tornaran irrelevantes con una nueva ola de reformas. Los líderes políticos y los medios de difusión occidentales recibieron a bombo y platillo las revueltas en Túnez y Egipto, como si fueran una revolución regional liderada por jóvenes para defender los principios democráticos liberales. Estados Unidos respaldó oficialmente las demandas de los manifestantes, afirmando que eran innegables gritos en pro de la «libertad» y la «democracia genuina», gritos que no debían ser desoídos. Pero el camino hacia la democracia habría de ser tortuoso y angustiante, como resultó obvio en cuanto cayeron los regímenes autocráticos».

Esas ilusiones democratizadoras son acertadamente criticadas por Kissinger: «Muchos en Occidente interpretaron los disturbios en la plaza Tahrir en Egipto como una confirmación de la tesis de que habría que haber buscado una alternativa a la autocracia mucho antes. Sin embargo, el verdadero problema había sido que a Estados Unidos le resultó difícil descubrir elementos que permitieran dar vida a instituciones pluralistas o líderes comprometidos con su realización (Por eso algunos trazaron la dicotomía entre el gobierno civil y el gobierno militar, y respaldaron a la nada democrática Hermandad Musulmana)».

Y es que «Las aspiraciones democráticas de Estados Unidos para la región, afirmadas por las administraciones de ambos partidos, han suscitado elocuentes expresiones del idealismo de ese país. Pero las concepciones de las necesidades de seguridad y de fomento de la democracia casi siempre están en pugna. Los que abogan por la democratización han encontrado difícil hallar líderes que reconozcan la importancia de la democracia, salvo como medio para asegurarse el dominio. Al mismo tiempo, los precursores de la necesidad estratégica no pudieron demostrar cómo evolucionarán los regímenes establecidos de una manera democrática o incluso reformista. El enfoque democratizador no pudo remediar el vacío que acecha la persecución de sus objetivos; el enfoque estratégico quedó baldado por la rigidez de las instituciones disponibles».

Así, como conclusión, señala Kissinger que «En la práctica, la Primavera Árabe ha exhibido antes que superado las contradicciones internas del mundo árabe-islámico y de las políticas diseñadas para resolverlas» (130-1).

Asimismo, analiza también, a partir de este hecho que caracteriza al mundo musulmán, al que considera inestable por definición, lo sucedido estos últimos años en Oriente Próximo con el surgimiento del denominado Estado Islámico de Iraq y Siria, o en Asia, donde su equilibrio de poder se ajusta como un guante a las ideas de Kissinger: «Asia ha emergido como uno de los herederos más importantes del sistema westfaliano: pueblos históricos, y a menudo históricamente antagónicos, están organizándose como estados soberanos y organizando sus estados como grupos regionales. En Asia mucho más que en Europa, por no hablar de Oriente Próximo, las máximas de orden internacional del modelo westfaliano han encontrado su expresión contemporánea» (180-1). De hecho, Kissinger aplaude que el equilibrio alcanzado entre China y Estados Unidos colabora para formar un orden mundial estable y duradero: «Muchos chinos ven a Estados Unidos como una superpotencia que ya no está en su apogeo. Pero el liderazgo de China también reconoce probadamente que este país conservará una significativa capacidad de liderazgo en el futuro previsible. La esencia para edificar un orden mundial constructivo es que ningún país en concreto, ni China ni Estados Unidos, esté en posición de ocupar por sí solo el papel de liderazgo mundial como lo ocupó Estados Unidos en el período inmediatamente posterior a la Guerra Fría, cuando era material y psicológicamente dominante» (236).

Las propias ideas del equilibrio de poder son cada vez más reafirmadas al señalar Kissinger que la era nuclear implicaba semejante situación. Tras muchos estudios, los estrategias de la Guerra Fría concluyeron que la idea de una destrucción mutua era un «mecanismo hacia la paz nuclear. Basándose en la premisa de que ambas partes poseían un arsenal capaz de sobrevivir a un ataque inicial, el objetivo era contrapesar amenazas lo bastante aterradoras como para que ninguna de las partes concibiera la posibilidad de ponerlas en práctica» (334). Así, los enfrentamientos entre superpotencias acabarían conduciéndose, en el sentido que señala Samuel Huntington en su libro *El choque de civilizaciones* (Huntington, S., 1996), a la periferia remota. Además, como el mundo actual tiende a ser, según muchos analistas, multipolar, la idea de las civilizaciones de Huntington parece imponerse como paradigma más adecuado para comprender el orden mundial.

Así, en un mundo globalizado que cada vez ignora más las fronteras nacionales, Kissinger destaca «la falta de un mecanismo efectivo para que las grandes potencias se consulten entre sí y posiblemente cooperen en los temas más significativos. Esta crítica puede parecer rara en vista de la plétora de foros multilaterales que existen, muchísimos más que en cualquier otro período de la historia. [...]». Y es que la OTAN, la UE, la APEC, la ASEAN, la ONU, el G7, G8 o el G20 no implican nada por sí mismas como organizaciones: «La naturaleza y frecuencia de estos encuentros conspira contra la elaboración de estrategias de largo alcance» (369). De hecho, el mundo no obedece a ningún plan ni tampoco equilibrio que evite el caos, sino más bien a la influencia de ciertas unidades conformadas históricamente, cuya estructura puede variar, las denominadas por Gustavo Bueno en *El mito de la izquierda* (Bueno, G., 2003, 297-8) como «plataformas continentales», que en Kissinger toman la forma de civilizaciones, o lo que denomina como «una evolución hacia esferas de influencia identificadas con

estructuras internas y formas de gobierno particulares: por ejemplo, el modelo westfaliano contra la versión islamista radical. En sus márgenes, cada esfera sentiría la tentación de probar su fuerza contra otras entidades de órdenes considerados ilegítimos. Estarían en red para tener comunicación instantánea y se transgredirían unas a otras constantemente. Con el tiempo las tensiones de este proceso degenerarían en maniobras por el estatus o la ventaja a escala continental o incluso mundial. Una lucha entre regiones podría ser incluso más extenuante de lo que ha sido la lucha entre naciones» (370-1).

Más de cuatrocientas páginas dan, en efecto, para mucho. Y en este trayecto de todo el abanico posible de las aristas de la diplomacia, desde la Europa westfaliana al islamismo, Oriente Medio o China, también tiene un lugar para analizar el papel, cada vez más importante e influyente, de los *big data* de internet a la hora de tomar decisiones:

Casi todos los sitios web contienen alguna clase de función de personalización basada en un rastreo de códigos de internet destinado a establecer los antecedentes y preferencias del usuario. Estos métodos quieren estimular a los usuarios a «consumir más contenido» y, al hacerlo, quedar expuestos a más publicidad, que es lo que en última instancia sostiene la economía de internet. Estas orientaciones sutiles concuerdan con una tendencia más amplia a manejar la comprensión tradicional de la elección humana. Los productos se ordenan y priorizan para ofrecer aquellos que a uno «le gustarían» y las noticias online se presentan como «las noticias que más le pueden interesar». Dos personas diferentes que recurren a un mismo motor de búsqueda con la misma pregunta no necesariamente reciben la misma respuesta. El concepto de verdad es relativizado e individualizado: pierde su carácter universal. La información se presenta como si fuera gratuita. De hecho, el receptor paga por ella aportando datos que serán explotados por personas que no conoce, de maneras que luego configurarán la información que se le ofrezca (352).

Y es que Kissinger, muy alejado del fundamentalismo democrático que muchos analistas americanos sostienen, se da cuenta que el control de los datos de millones de ciudadanos consumidores, implican una transformación absolutamente radical de esas ideas sublimes que sobre la democracia postularon los clásicos. Los debates sobre la actividad de gobierno ya se han convertido, de facto, en mera cuestión de marketing para influir en las masas:

Las campañas presidenciales están a punto de transformarse en competencias mediáticas entre operadores de internet. Lo que alguna vez fueron debates sustantivos sobre el contenido de la actividad del gobierno se reducirá a los candidatos convertidos en portavoces de un intento de marketing perseguido por medios cuya intrusividad habría sido considerada cosa de ciencia ficción apenas una generación atrás. El papel principal de los candidatos podría pasar a ser recaudar fondos en vez de elaborar programas. ¿El esfuerzo de marketing pretende expresar las convicciones del candidato, o las convicciones que expresa el candidato son reflejo de una investigación de *big data* sobre probables

preferencias y prejuicios de los individuos? ¿La democracia puede evitar evolucionar hacia un resultado demagógico basado en una apelación emocional a las masas, en vez de ser el proceso razonado que imaginaron los Padres Fundadores? (352-3).

Tras numerosas y prolijas páginas expositivas, Kissinger concluye que la búsqueda de un orden mundial requerirá una estrategia coherente para establecer un concepto de orden dentro de las diversas regiones y relacionar esos órdenes regionales entre sí, puesto que «Un orden mundial de estados que afirman la dignidad individual y el gobierno participativo, y cooperan internacionalmente de acuerdo con reglas consensuadas, puede ser nuestra esperanza y debería ser nuestra inspiración» (371). Por ejemplo, «Para Estados Unidos, la búsqueda de un orden mundial funciona en dos niveles: la celebración de los principios universales debe ser equiparada con el reconocimiento de la realidad de las historias y culturas de otras regiones. Aunque las lecciones de décadas de desafíos son discutibles, debemos sostener la afirmación de la naturaleza excepcional del país. La historia no da respiro a los países que olvidan sus compromisos o su sentido identitario en favor de un camino aparentemente menos arduo. Estados Unidos, en tanto expresión decisiva de la humana búsqueda de libertad en el mundo moderno, y en tanto fuerza geopolítica indispensable para la reivindicación de los valores humanos, debe conservar su sentido de orientación» (372).

Pero esto es reconocer implícitamente que el denominado «idealismo» norteamericano es en realidad un ortograma imperial, el de llevar la democracia a todo el planeta. Reconocer, en consecuencia, que no son los equilibrios de poder, sino más bien los equilibrios inestables impuestos por una parte de la humanidad al resto, los que configuran la Historia Universal (Rodríguez Pardo, J.M., 2015). Sin embargo, Kissinger no se sale en ningún momento del marco del sistema westfaliano, convertido ahora en el ideal para comprender cualquier orden mundial históricamente dado.

De hecho, Kissinger, preso de las ideas geopolíticas, usa constantemente del término «civilización», aunque no el de Imperio; podríamos decir que el primer lo da por supuesto, y el segundo brilla por su ausencia. Así, sin un orden impuesto desde una parte de la humanidad al resto, pareciera que Kissinger se conforma con usar el orden circunscrito a la Europa de la Paz de Westfalia como el único aplicable para que dure. Así, para reforzar las ideas de *hybris*, apela al monismo presocrático de Heráclito, donde el orden mundial «era como el fuego, “ardía con medida, y con medida se extinguía”, y la guerra era “el padre y rey de todo” que creaba el cambio en el mundo. Pero “la unidad de las cosas yace bajo la superficie; depende de una reacción equilibrada entre opuestos”. La meta de nuestra era debe ser lograr el equilibrio sujetando a los mastines de la guerra. Y tenemos que hacerlo en medio de la impetuosa corriente de la historia. La célebre metáfora de esto es el fragmento que expresa que “no podemos bañarnos dos veces en el mismo río”. Podemos pensar la historia como un río, pero sus aguas siempre serán cambiantes» (373).

Y es que, para Kissinger, pese a que en su juventud disertó sobre «El sentido de la historia», piensa que «el sentido de la historia es algo que debemos descubrir, no proclamar. Es una pregunta que debemos intentar responder lo mejor que podamos reconociendo que permanecerá abierta al debate; que cada generación será juzgada por cómo se enfrentó a los temas más grandes y significativos de la condición humana, y que los estadistas deben tomar la decisión de afrontar estos desafíos antes de que sea posible saber cuál será el resultado» (373).

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Bueno, G. (1999). *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial.

Bueno, G. (2002). *Mundialización y globalización*. El Catoblepas, N° 3, 2.

Bueno, G. (2003). *El mito de la izquierda*. Barcelona: Ediciones B.

Huntington, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

Rodríguez Pardo, J. M. (2015). *El Destino Manifiesto como ortograma imperial de Estados Unidos*. El Basilisco, N° 45, 47.69.

Recibido: 26 de Mayo de 2020.

Aceptado: 29 de Mayo de 2020.

Evaluado: 02 de Junio de 2020.

Aprobado: 06 de Junio de 2020.